

# NOCTURNO XVII

No quisiera sentir este corazón que se abre como un mar en la tierra,  
esta dulce rama que los insectos corroen con su tenue polvillo silencioso,  
cuando el mundo despierta tras la lluvia que empaña una sonrisa  
y el alma es como un pecho que olvida la fiel tristeza de un día.

A esa boca que solloza en la tarde, yo quisiera retener con mis labios;  
oir su música interrogando amarga las más bellas cosas;  
abrazar ese recóndito río que ensancha su secreto tras las lágrimas  
como un triunto solemne que la muerte, en su huída, desentierra.

•No basta, oh amor, disolver en el alma los menudos despojos que cayeron  
entre vidrios pisados y hojas que encendían el rito de su entrega.  
No basta recordar el brumoso imperio que azotaba tu cabeza  
en el lecho indeciso que fundía declinantes palabras y suspiros•.

¿Quién sabe qué viento recorre los suavísimos confines de tu noche  
ni qué cálido signo graba mi silencio entre los labios que te apresan?  
Oyeme: olvidar quisiera esa sonrisa que crece bajo la escoria de tu llanto  
y huir de mí mismo y de tu sombra a través del tiempo y sus heridas.

Yaceré aquí, amor. Y si un aroma volviera repitiendo tu tristeza,  
como un doliente cadáver que las aguas en la ribera golpean  
así, una vez y otra, como un cadáver, sé que mi deseo caería  
golpeando su piel sobre la huella de tu piel entre las algas...

Manuel ALVAREZ ORTEGA.